

NÚM. XXV  
EL CAPITAN SMITH.

(1579-1631.)

El capitán Juan Smith nació en 1579 en Wlloughby, condado de Lincoln. Desde la infancia admiraba por su temerario ardimiento á sus condiscípulos y hasta á su maestro. Á los trece años deseó ver el mar, y habiendo vendido libros, juguetes y todo para reunir algun dinero, so disponia á marchar cuando murió su padre. Cayó entónces bajo la tutela de personas flemáticas, á quienes el carácter novelesco del jóven pareció una locura lamentable, y decidieron velar sobre él con benevolencia, es cierto, pero con mas severidad de la que podia resistir un alma de suyo independiente. Á los quince años le colocaron en casa de un comerciante, que no economizó, respecto de él, amonestaciones ni trabajo.

Era uno de la principales de Lynn; hacia gran comercio por mar, y el jóven Smith esperaba le cometiese algun encargo que le permitiese embarcarse; pero no oyendo palabra alusiva á esto, se cansó, y con 10 chelines en el bolsillo, abandonó al comerciante y los negocios, sin decir á Dios ni al diablo. Su buena estrella le hizo tropezar con un jóven lord, que iba á dar la vuelta á Europa, seguido de numerosa comitiva. Smith entró á su servicio, pero á los pocos meses se disgustó y fué á sentar plaza en el ejército holandés. Allí permaneció tres ó cuatro años; luego, acogiendo las ofertas de un noble escoces, que le prometia eficaces recomendaciones en la corte de Jacobo VI, volvió á pasar el mar, y marchó á Escocia. Burlado en su esperanza, partió de la corte y se trasladó á su ciudad natal; pero repugnándole los frios cálculos de sus compatriotas, se fué á vivir solo en medio de los bosques, con libros de táctica é historia militar, un caballo y una lanza. Así pasaba el tiempo entre el estudio de la guerra y el ejercicio de las armas, sin ver otra cara mas que la de un escudero italiano del conde de Lincoln. Y habiendo entrado en posesion de una parte de los bienes de su padre, se le despertaron los deseos de viajar, y empezó otra vez á correr aventuras. Llegó á Flandes, dejándose allí robar por cuatro perillanes franceses,

los persiguió, alcanzó á uno, combatió con él, le hirió, le obligó á confesar su delito, y se puso de nuevo en viaje con valor de unos cuantos reales que le facilitó un antiguo amigo de su familia. Recorrió el litoral de Francia, desde Dunkerque á Marsella, visitando arsenales y fortificaciones, y se embarcó para Italia.

Por desgracia encontrábase solo, inglés y hereje, en medio de una partida de peregrinos que iba á la virgen de Loreto y á Roma. De repente estalló la tempestad, y los peregrinos, echándole la culpa, le arrojaron al mar, como otro Jonas. Pudo llegar á nado á la isla de Santa María cerca de Niza, y allí se detuvo tan solo el tiempo necesario para subir á otro barco que debia dirigirse á Alejandria, y que trabándose de palabras en alta mar con un buque veneciano cargado de riqueza, le atacó, le tomó al abordaje y le quitó cuanto llevaba. Smith, con su parte de botin, hizo le desembarcasen en Antibio, pasó á Italia, atravesó el golfo de Venecia, llegó á Estiria, y entró de voluntario al servicio del emperador, en guerra entónces con los Turcos.

Smith, no solo valiente y emprendedor, sino tambien rico en recursos, halló modo de obligar á los Turcos á levantar el sitio de Olimpach, y ganó así el grado de capitán en el regimiento del conde de Meldritch, noble transilvano. Despues de muchas proezas, encontrándose en el sitio de Regal, en Transilvania, se presentó un dia un heraldo del campamento turco anunciando que Turbasha, Turco célebre por su valor, retaba al mas valeroso de los cristianos á singular combate, para divertir á las damas y pasar el rato. Habiéndose echado la suerte entre todos los guerreros cristianos, tocó á Smith. El combate se verificó con toda solemnidad; las mujeres turcas estaban sentadas en los baluartes de Regal; los sitiadores formados en las trincheras; la música sonaba dentro. Smith mató al Otomano, y en seguida á otro caballero turco que quiso vengar á Turbasha. Adelantóse otro Turco, un Gigante, el terrible Bonny-Mulgro. En el primer encuentro

Smith es casi sacado de la silla por un hachazo; los Turcos gritan alegres, sus mujeres aplauden; pero mientras seguian aun los gritos y los aplausos, Bonny-Mulgro pasado de parte á parte yacia en tierra y Smith le cortaba la cabeza. Poco despues fué tomada la ciudad.

Empero la fortuna de las armas es variable; ya ántes de mucho los Cristianos fueron vencidos, y Smith quedó por muerto en el campo de batalla. Conociendo los Turcos en la riqueza de su armadura que era persona distinguida, le trataron como á uno de quien esperaban buen rescate. Apénas se curó, le condujeron al mercado de esclavos de Axiópolis, donde un bajá le compró y envió de regalo á la dama de sus pensamientos en Constantinopla, diciéndole que era un señor bohemio, á quien habia cogido prisionero en la guerra. De poco sirvió al bajá esta baladronada; pues Carazza Tragabizganda, así se llamaba su dama, sabia italiano, y Smith lo hablaba tambien. Contóle sus aventuras, su gloria é infortunios: Tragabizganda se compadeció de Smith, y nueva Desdémona, como dice un biógrafo del capitán,

Ella se enamoró del desgraciado,  
El de su noble y celestial agrado.

Esperaba Smith un poco de reposo y de bienestar, cuando la dama, fuera por alejar las sospechas de su madre, fuera para hacer aprender el turco á Smith, le envió á su hermano Timur, bajá, á orillas del mar de Azof. Tragabizganda le recomendó con mucho calor, no disimulando á su hermano sus sentimientos hacia el esclavo; pero el bajá se irritó de que un perro cristiano hubiese encendido el amor en el pecho de su hermana. Smith, que esperaba ser bien acogido, á las dos horas de estar en casa de Timur, habia sido ya castigado, despojado y tenia afeitada la cabeza; le pusieron un collar de hierro, le echaron encima un capoton y le mandaron á trabajar con los demas Cristianos del bajá. Todos los dias el cruel Timur iba á ver el trabajo de su prisionero, y le llenaba de injurias y de golpes. Una vez que Smith se encontró con él á solas, Timur empezó á reñirle por el modo como batia el grano, y aquel, hiriéndole en la cabeza con el trillo, le derribó muerto á sus piés, le ocultó debajo de la paja, montó en el caballo árabe del Otomano y huyó á escape. Cuando llegó al desierto, se orientó como mejor pudo, y al cabo de diez y seis dias de camino llegó á Exápolis, en las orillas del Don. Una señora rusa, de corazon tierno y caritativo, la princesa ó baronesa Palamata, mostró vivísimo interes por Smith, el cual, despues de unos dias de descanso, marchó á Transilvania, donde sus amigos lloraron de alegría al volverle á ver, y le proveyeron de metálico. De allí salió para Inglaterra, tocando en Alemania, Francia, España y el reino de Marruécicos.

Llegó á su patria en el momento de partir una expedicion militar para establecer una colonia en América. Invitado á ingresar en ella, aceptó, contando á la sazón veintiocho años. La expedicion zarpó del Támesis el 19 de diciembre de 1606, entró en la bahía de Chesapeake el 26 de abril siguiente, y el 13 de mayo desembarcó en una península, donde se fundó la colonia de James-Town. El viajero que sube hoy por el James-River en buque de vapor, ve huir detras de sí en aquella península una torre resinosa y los restos de un cementerio, únicos objetos que quedan de aquel primer establecimiento.

Los compañeros de Smith eran hombres medianos, que no le perdonaron su superioridad. Apénas salieron del Támesis, le acusaron de que aspiraba á hacerse rey de la colonia, y con tan frívolo pretexto le tuvieron preso durante el tránsito. Cuando desembarcaron, y abrieron las instrucciones selladas que traian, se encontraron con que el gobierno de la colonia estaba confiado á un consejo de siete personas, una de ellas Smith. Sin embargo, sus colegas le excluyeron por las supuestas tramas, y aunque pidió que se le juzgase, no pudo conseguirlo. Usó, pues, de paciencia, y marchó á hacer descubrimientos en los alrededores de James-Town, subiendo los rios, trabando conocimiento con las tribus indígenas, y visitando al rey Powhatan, el mas poderoso de los príncipes salvajes. Entretanto la colonia estaba mal administrada; no se advertia la menor prevision, no se construía ningun edificio para el próximo invierno, se sembró poco ó nada, no se tomó precaucion alguna militar contra los salvajes que habian mostrado por dos ó tres veces malas intenciones. Un dia los soldados de Powhattan atacaron de improviso la colonia, mataron á un hombre é hirieron diez y siete. Estalló entónces el descontento contra el consejo, y en especial contra el presidente Wingfield; y habiendo aprovechado Smith la ocasion para pedir que se le juzgase, tuvieron que concedérselo. Fué absuelto, y Wingfield condenado á pagarle 200 libras esterlinas por costas y daños, que él cedió generosamente en beneficio de la colonia. Despues de esta sentencia hubo una reconciliacion no muy sincera; todos los colonos comulgaron el mismo dia en señal de olvido de lo pasado; y el capitán Newport, que los habia conducido de Inglaterra, se volvió con su escuadrilla, dejando la colonia compuesta de quinientas personas.

Pero sobrevino la escasez, y con ella las enfermedades y luego la discordia, peor aun que la peste; cincuenta colonos sucumbieron tristemente. En medio de la desesperacion general, el presidente Wingfield, de acuerdo con algunos de sus colegas, resolvió apoderarse en secreto de la única nave que la colonia poseía, y huir á la Inglaterra. La trama fué descubierta, Wingfield depuesto y elegido otro en su lugar, el cual tuvo el sano juicio de dejarse dirigir por

Smith, cuya hora favorable había llegado. Smith fijó las obras que debían construirse, asignando á cada uno su parte, y fué obedecido. Se fabricaron casas, se fortificó y custodió la ciudad; él daba ejemplo á los trabajadores, afanándose mas que ellos. Como no bastaba tener dónde habitar en el invierno, sino que era preciso reunir provisiones, se dedicó á almacenar víveres, especialmente maíz, que los Indios cultivaban. Habiendo encontrado en una excursión una numerosa tribu, se apoderó de su ídolo, y por el rescate del dios se hizo entregar no sé cuántos modios de maíz y también aves silvestres; en seguida volvió á James-Town, adonde llegó á tiempo, pues Wingfield había renovado sus proyectos de fuga, y esta vez fué menester venir á la manos, para reducir á los conspiradores á cumplir con su deber. Por último, la autoridad se confió enteramente á Smith.

Apénas hubo restablecido el orden, cuando se abandonó á las inspiraciones de su imaginación aventurera, mas de lo que convenia á un hombre del cual dependia el bien de la colonia. Marchó un día á explorar el rio Schickahomini; habiendo subido lo mas arriba que le fué posible, dejó el buque con la mayor parte de su gente en una cala, seguro de todo peligro, y se alejó solo en una balsa con dos blancos y dos Indios. Los que dejó en el buque, apénas le perdieron de vista, olvidaron por su desgracia las órdenes de Smith; y como quisiesen desembarcar, fueron atacados por una tropa de Indios, que guiaba Opeschancanugh, hermano de Powhattan, el cual aborrecia á Smith. Uno de ellos fué preso y le obligaron á decir adónde había ido el capitán; los demas lograron embarcarse y ponerse en salvo.

Entretanto Smith había llegado á las lagunas cerca del nacimiento del rio. Opeschancanugh le sorprendió por la noche, mató á los dos Ingleses, y Smith se encontró rodeado de doscientos hombres, y una flecha le hirió en un muslo. Se defendió con la prevision de la serpiente y con la fuerza del leopardo; mató á tres enemigos, y se escudó con uno de los dos Indios, que se ató al brazo. Los enemigos atónitos permanecieron á cierta distancia; él se adelantó hácia donde tenia el esquife, pero en el camino se metió en un pantano y se hundió hasta la cintura con el Indio. Había inspirado tanto temor á los salvajes que aun así nadie osó acercársele, hasta que hubo arrojado las armas; entónces, sacándole del pantano medio muerto de frio, le llevaron junto al fuego, y le dieron frotaciones hasta que recobró el uso de los miembros.

Suponíase Smith perdido, viendo al lado los cadáveres de sus compañeros con la cabeza pelada (1); y le ocurrió sacar de la mochila

(1) Los Indios acostumbraban cortar la cabellera á los enemigos que mataban, y llevarla en triunfo; sirviéndose al efecto de un cuchillo con el que en un abrir y cerrar de ojos hacian un círculo al rededor de la cabeza.

una brujula para mostrarla á Opeschancanugh. El salvaje estaba asombrado de que aquella aguja continuara moviéndose; y mas aun, no teniendo nociones de la transparencia, de no poder coger la aguja con los dedos, aunque la veía perfectamente bajo el vidrio. Smith, para aumentar la admiración del sachem y de sus soldados, se puso á hablarlos con la boca abierta; pero triunfó el instinto salvaje, y cuando acabó de hablar, le ataron á un árbol y se colocaron al rededor de él con los arcos tendidos. Smith se daba por muerto; pero en vez de mandar disparar las flechas, Opeschancanugh ordenó que no se le tocara. Quería llevarle en triunfo á la corte de los principes vecinos y especialmente de Powhattan, soberano de todos; pues los sachem formaban una Confederación del James-River, como hace treinta años los principes alemanes formaban la Confederación del Rhin, y Powhattan era su Napoleon protector.

El valor, la fuerza física y la fecundidad del talento de Smith contribuían á que los Indios le mirasen como un ser extraordinario, como una cosa sobrenatural. Celebróse su captura con ceremonias muy largas, en que se le prodigaron todas las demostraciones de respeto que cabia imaginar á salvajes. Le ofrecían de comer con tal premura que al principio creyó le querían engordar para comérselo; fué exhorcizado por los juglares y se consultó al Espíritu Supremo para descubrir los pensamientos del capitán. Powhattan le recibió con gran lujo; una reina le vertió agua para las manos, otra le presentó un puñado de plumas por servilleta. Le condujeron de tribu en tribu, y al fin le propusieron hacerse salvaje y dirigir el sitio de James-Town; entónces tendria cuantas mujeres y tierras quisiese. Pero él se negó á ello, y el consejo de los sachem y de los reyes decidió que se le diera muerte y se ejecutase al momento la sentencia. Esta vez no había remedio: se traen dos piedras á los pies del rey, y encima se extiende á Smith. Rodéanle los jefes; detras el pueblo en silencio profundo. El mismo Powhattan quiere inmolarle, y al efecto se acerca á él con la clava levantada, ¡ toda esperanza ha desaparecido!... De repente una mujer (donde quiera las mujeres eran para Smith ángeles tutelares) atraviesa por en medio del gentío, y coloca su cabeza entre la de Smith y la clava de Powhattan; es la hija mayor del rey, su predilecta, la hermosa Pocahonta, que tendiendo los brazos hácia su padre, le suplica con lágrimas en los ojos que perdone al prisionero. El rey al principio se muestra indignado; pero ama demasiado á Pocahonta para que su llanto no le conmueva; mira á sus soldados, y busca en sus ojos la resolución que no acierta á tomar; los ve enternecidos y exclama: *Que viva*. Al dia siguiente Smith tomaba el camino de

James-Town con dos guías; comprometiéndose á enviar á Powhattan en prenda de paz dos fusiles y un molino de mano.

Una vez libre, ocupóse Smith en poner en orden los asuntos de la colonia, y despues de arreglado bien todo, empezó de nuevo sus correrías. Subió el Potomac, y en medio de mil peligros exploró las orillas de casi todos los confluentes del Chesapeake. Su valor, el terror religioso que inspiraba á los salvajes, y especialmente la generosa asistencia de Pocahonta, le salvaron siempre á él y á la colonia casi por milagro. Á Pocahonta le faltó solo hallar un Chateaubriand para tener la celebridad de Atala. Joven y hermosa, como la doncella Muscogulga, tuvo mas heroísmo, y no salvó á un hombre solo. Aunque débil (tenia entónces de doce á trece años) emprendió muchas veces sola y de noche, largos viajes al traves de los bosques y pantanos en medio de los huracanes, que son terribles en Virginia, para advertir á Smith y á los colonos de los designios de los salvajes. Cuando estaban próximos á morir de hambre, Pocahonta se aparecía, como una hada benéfica, seguida de criados con víveres, y en cuanto saciaban su hambre no la veían mas. Hasta entónces ninguna colonia había podido establecerse en el continente americano, al Norte del golfo de Méjico; la Providencia se valió de esta misteriosa virgen para establecer una Grecia le hubiera erigido altares, haciendo de ella una diosa entre Diana, señora de las selvas, y la sabia y previsora Minerva. Los colonos tomaron otro partido; cuando no tuvieron ya á Smith, robaron á Pocahonta para que les sirviese de rehenes contra su padre Powhattan, y al poco tiempo, habiéndola tratado siempre con mucho respeto, la casaron, prévio su consentimiento y el de su padre, con el señor Rolfe, que la condujo á Inglaterra. Así la bella, la modesta, la heroica Pocahonta se convirtió en la señora Rolfe, ciudadana de Londres ó de Brentford, y murió muy prosaicamente á la edad de veintidos años, en el momento que debía embarcarse para América (1). Si su fin hubiera sido mas trágico, fuera quizá la heroína de veinte poemas.

Los hechos gloriosos del capitán Juan Smith son en tan gran número y tan admirables como los de Hércules, y segun lo que él mismo cuenta (pues escribió sus Memorias como César) de una fiesta que le dieron las damas en la corte de Powhattan, debemos erer que pasó todas las aventuras del hijo de Júpiter, hasta las que

(1) Dejó un hijo que fué á establecerse despues en Virginia, y por medio del cual descienden de Pocahonta varias familias distinguidas de aquel punto.

pertenecen á la crónica secreta. Una vez hizo mas que Hércules con Anteo, pues ató por sí solo á uno de los jefes, de estatura gigantesca, el rey de los Pashypay, que le había armado asechanzas, y le llevó á cuéstas á James-Town. Otra vez, habiéndole hecho Opeschancanugh rodear por setecientos hombres, de repente Smith cogió de los cabellos al sachem, le arastró trémulo y humillado en medio de los atónitos Indios, y los obligó á deponer las armas. Tuvo que vencer innumerables dificultades, escaseces y pestes, las astucias y las flechas de los salvajes, el espíritu inquieto de parte de los colonos, las quejas de los que suspiraban por las cebollas de Egipto, la cobardía é ignorancia de los aventureros que iban á la colonia en busca de oro, la traición de algunos Alemanes y Suizos, que se pasaron á Powhattan porque allí llevaban mejor vida. Todo se declaró contra él; se le rebelaron, y hasta trataron de asesinarle con puñal ó veneno; se vió reducido á los mayores apuros; y un dia sus compañeros, contemplándole ya en la agonía, le abrieron la sepultura. Su perseverancia y su valor triunfaron de todos los obstáculos, y gracias á él, la colonia se estableció definitivamente, y se fundaron muchas ciudades. Obligado á detenerse dos años en Virginia, por la grave herida que le causó el incendio de un barril de pólvora, abandonó á James-Town para no volver á pisar sus calles. Estuvo algunos años en Inglaterra; continuó luego sus correrías, exploró el litoral de la Nueva Inglaterra, y le dió el nombre que conserva todavía. En uno de sus viajes, apresado por un buque frances, permaneció algun tiempo prisionero en Burdeos y en la Rochela; allí encontró mucha simpatía, especialmente entre las mujeres, y en sus Memorias alaba muchísimo á la buena señora Chanoyes. Despues de su partida, la colonia sufrió aun bastante; pero había echado raíces y no tardó en prosperar.

Tal es el origen de la Virginia. Era el Estado mas poderoso cuando estalló la guerra de la Independencia, y continuaria aun siéndolo, sin la institucion de la esclavitud, que retarda su marcha, cual si tuviese grillos en los pies. Dió este Estado á la Revolucion americana á Washington, Jefferson, Madison, Monroe y otros muchos hombres de Estado célebres. Los rasgos generosos y caballerescos que distinguen el carácter virginiano, provienen en parte de los recuerdos que el ejemplo y las lecciones de Smith dejaron en el corazon de sus compañeros de aventuras.

MIGUEL CHEVALIER.